

La prensa y el ámbito

Cuando hace no mucho tiempo se desató Galdós, con evidente falta de equidad, contra la prensa, no faltó quien tímidamente le motejara de ingrato. Y este cargo era infundado. Galdós tenía su prestigio y su público cuando empezó a traer y llevar su nombre la prensa que, de ordinario, no crea prestigios, sino que los recibe hechos. Es inútil que los periodistas, por simpatías personales ó agradecimientos á lecciones útiles, se empeñen en dar cierto prestigio á tal ó cual maestro (maestro de ellos, del oficio); el público le repele si es insignificante y corruptión. (Es alusión personal.) Y viceversa.

Cuando el ruidoso éxito de *Pequeneces*, no faltó cronista que hiciera saber que él estaba hacía tiempo al cabo de la calle, que conocía al Padre Coloma y le había descubierto antes que le *gros public*. Si, también los normandos arribaron á las costas americanas antes que Colón; pero no descubrieron la América, y su cambio hay todos los días quien descubre el Mediterráneo.

En las redacciones no sólo predominan los periódicos, sino que es frecuente, al meditar algo, tener presente no al público, sino á las demás redacciones. Y es natural, porque el juicio del público apenas llega á ellas, y llega el juicio de los compañeros de profesión.

Este mal, común á toda clase de literatura, produce estragos en la literatura periodística, y para colmo de mal, ha entrado en ella el más funesto vicio español, el de la recomendación.

He oído hablar más de una vez á un periodista serio, concienzudo, *skilled*, de la ingente necrópolis en que duermen trabajos que nadie se digna examinar con atención y espíritu abierto. Y esto no es más que otro efecto del sistema de fábrica donde se cuida de la marca más que del género, porque es la marca la que tiene valor de cambio en el mercado. Y así es natural é inevitable que acojan nuestros diarios géneros con mar-

ca (firma) cotizable, que son verdaderos modelos de vaciudad y ramplonería. Todavía se vende mucho para las afecciones de la vista la pomada de la viuda de Farnier, tan célebre en un tiempo. Se acerca el 1.º de Mayo, pues allá van á escribir de la cuestión social nuestras primeras firmas, algunas de las cuales (y las que más se complacen en tratar de ella), no se han enterado todavía, ni saben por dónde andan.

En el fondo de los ataques de Galdós había no poca razón, y mucha mayor en el fondo de las diatribas de Perada, el inventor de lo de los chicos de la prensa.

Se burlaba en una ocasión delante de uno un periodista de los certámenes poéticos, á lo que le hacía yo observar que aun reconociendo que los certámenes poéticos fomentan la cría de las poesías de certamen, como las carreras de caballos la de los caballos de carrera, por lo menos en ellos se lee todo lo que se envía, y no hace falta tanta recomendación para en visela. Y arguyéndome que le mostrara un poeta regular que haya salido de tales certámenes, le cité uno (el premiado con la rosa en el último de Zaragoza), que aunque no anda por más periódicos, que alguno que otro de provincias, es un poeta, si bien desigual, de alma, de arraque, de vida, de cultura y de meollo, á quien no se puede comparar con los versificadores más ó menos correctos y sueltos de revistas más ó menos cómicas, ni con muchos graduados de maestros por esos chicos que aún no han descubierto á Juan Arzadun.

Hay una natural escama: como de cada mil candidatos los 999 son impecables, nadie se toma la molestia de oírlos sin recomendación, y así ocurre que los críticos de primera intención, los encargados de la cerne de primera, carecen de la abnegación necesaria para chapuzarse en el mare magnum de esos mil aspirantes. Lo cual no obsta para que más adelante descubran el Mediterráneo.

Y con esto acabo estos artículos, dejando en el tintero mucho más que lo que he salido de él.

Miguel de Unamuno

La Epoca

num

Madrid

14 Mayo 1896

1-116



CRÓNICAS CONTEMPORÁNEAS

"THE LAST HERO,"

En su doctrina acerca del papel de los héroes en la historia y el culto que se les debe, no hizo Tomás Carlyle más que dar expresión refleja á una doctrina inmanente en el pueblo inglés, articular el pensamiento inarticulado de su casta, en la que tiene profundo arraigo el culto á los héroes, el *herovership*. Otros

pueblos resumen y simbolizan sus ideales en conceptos más ó menos vivos, en dogmas ó en hechos históricos; el inglés en individuos humanos de carne y hueso. En parte alguna llega, como en Inglaterra ha solido llegar hasta el culto la veneración á los hombres que en un momento histórico cifran el espíritu de su casta. Llegan hasta tomarlos como á profetas de la religión del patriotismo británico, profetas inspirados por *God*, que es Dios puesto al especial servicio de Inglaterra.

El profeta del culto á los héroes, Tomás Carlyle, habla de pueblos heroicos que son los capaces de discernir el heroísmo que vive entre ellos y dejarse guiar por él.

Ansiosos de heroísmo en quien alimentar el culto de la religión del patriotismo británico, vuelven hoy sus miradas no pocos ingleses de pura raza á Cecilio Rhodes, el director de la Compañía encartada del Sur de Africa, el Napoleón de Africa, cuyo Waterloo ven sus enemigos en el fracaso de la algarada de Jameson contra el Transvaal. Si Carlyle ó Emerson vivieran, podrían añadir á la lista de sus héroes, en que predominan los ingleses, uno más, *the hero as manager*, el heroísmo como administrador, heroísmo que no ha podido darse hasta estos felicísimos tiempos de la providencial expansión inglesa.

No es cosa de trazar aquí la biografía de Mr. Rhodes ni recorrer en breve síntesis sus empresas en el Cabo y en los auríferos terrenos sud-africanos, empresas en que renovando el heroísmo de lord Clive, ha engrandecido el Imperio británico y las fortunas de los accionistas de la Compañía encartada, á la vez que se ha labrado una propia y verdaderamente imperial. Apesar de tal fortunón, no por él, le declaran sus fieles héroes.

¿Los medios? Los más á mano; el soborno y el cohecho sobre todo. Como inglés, practica el principio de que ciertos fines justifican ciertos medios, y como héroe, fuerza natural, es *amoral* (*unethical*), vive más allá de lo bueno y de lo malo, que diría el pobre Nietzsche.

No es, sin embargo, de los que rechazando la marca se traga un camello, sino que escrupuloso con los toneladas, deja pasar los adarmes: *pennyweights*, y así se cuehan toneladas de adarmes. Cecilio Rhodes es un sobrehombre tan profundamente humano, que reconoce todo el valor de la *respectable bribery*, del soborno decante.





Ha despertado hondísimas admiraciones. Barney Barnato, el ex-clown y nuevo rey Midas, declaraba haber sufrido la fascinación del héroe, su extraordinario ascendiente sobre los demás, y Olivia Schreiner, Casandra del terrible hado de Rhodes, contaba con tosco humorismo en una de sus proféticas visiones, cómo al morir el héroe y no poder entrarle en el infierno ni por puertas ni por ventanas ¡tanta es su grandeza! exclamó el *Bon Dieu*: «Supongo que al fin y al cabo tendrá que venir Cecilio acá.»

«No conozco hoy—escribe un fel de Cecilio—más que dos hombres que miren constante y firmemente al mundo en conjunto: el uno es el Papa de Roma; el otro Cecilio Rhodes. Al presente tiene Cecilio Rhodes el Sud de África como su obispado, precisamente lo mismo que León XIII es obispo de Roma a la vez que Papa de la Iglesia católica. Mientras Cecilio Rhodes atiende a sus deberes episcopales, no distrae un punto su atención del gran plan en que no juegan más que un papel el Sur de África y sus negocios.»

Primer ministro de la colonia del Cabo y administrador de la Compañía encartada del Sur de África, propúsose Mr. Rhodes, tras el descubrimiento de los ricos yacimientos de oro, formar los Estados Unidos del Sur de África bajo el inmenso pabellón del Imperio británico. No es un mero *englander*, un inglés en sentido extricto, sino el representante de los pueblos todos de lengua inglesa, del *english-speaking folk*; sus concepciones tienen tanto ó más de americanas que de británicas.

«Imperialismo y *home rule*», he aquí su divisa, que para mayor solemnidad reviste esta otra forma lapidaria: *Imperium et libertas*.

Es D. Cecilio Rhodes el héroe en quien ha encarnado lo que suele llamarse orgullo británico, la profunda convicción de la superioridad de su casta y de la misión divina que para salvar al mundo del continentalismo, le ha asignado *God*, el Jehová británico.

Hay en él la idea romana de los destinos eternos del Imperio y el anhelo del hebreo por la tierra de promisión, conjunción de romanismo y hebraísmo. Conquistar el mundo y el cielo con él, he aquí el sueño del inglés que, como decía Max O'Rell se ha adjudicado el cielo como colonia británica.

En torno al Transvaal y a sus cachazudos aldeanos holandeses, se han afrontado el ideal del industrialismo inglés, sirviéndose de las algaras de un condotiero y el ideal del militarismo germánico que lleva sus comisionistas para meter las manufacturas *made in Germany*.

A medida que ha ido ensanchándose la carrera del héroe, como administrador, ha ido éste ensanchando sus puntos de vista, y adquiriendo conciencia de su providencial misión, y en un discurso que pronunció en el Cabo, en 1894, recordando a un anclano que plantaba robles y se recreaba en la imagen de una sombra de que no habría de gozar, imagen más indestructible que el árbol mismo, decía Rhodes que debemos tener la franca idea de que «no pueden conocerse los resultados en nuestra existencia temporal, pero sí podemos trabajar lenta y gradualmente por aquellos resultados que vendrán pasada nuestra temporal existencia.»

El cultivo del árbol es un cultivo heroico, decía Washington Irving, expresando una idea profundamente arraigada en el alma del pueblo más obsesionado por el problema de la vida de ultratumba, del pueblo de Bunyan el peregrino.

«El pueblo inglés es un pueblo mudo—decía Carlyle—puede llevar a cabo grandes hechos, pero no describirlos.» Con Carlyle rechaza el «conócete a ti mismo», y reconociendo en nuestras obras el espejo en que primero ve el espíritu sus naturales lineamientos, se dice: «conoce lo que puedes ejecutar». *Know what thou canst work at*. El inglés, más que el alemán, puede cambiar con Fausto el «en el principio era el verbo» con el «en el principio era la acción». Pero, después de todo, resulta acción el verbo.

El pueblo inglés es mudo, pero no ha faltado quien formule la que llama religión rhodesiana. ¡Qué es esto!

MIGUEL DE UNAMUNO.

La Epoca
nim

Madrid

15 Setiembre
1896

1-117

CRONICAS CONTEMPORANEAS

QUIJOTISMO

Hay en el poema inmenso de Cervantes un pasaje de profundísima hermosura. Cuando, despedido de los duques, se vió Don Quijote «en la campaña rasa, libre y desembarazado de los requiebros de Altisidora, le pareció que estaba en su centro y que los espíritus se le renovaban para proseguir de nuevo el asunto de sus caballerías». Elevó entonces un himno a la libertad reputando venturoso a aquel a quien el cielo dió un pedazo de pan sin que le quede obligación de agradecerlo a otro que al mismo cielo, y se encontró en seguida con una docena de labradores que llevaban unas imágenes de talla para el retablo de su aldea. Pidió cortésmente Don Quijote verlas, y le enseñaron a San Jorge, San Martín, San Diego Matamoros y San Pablo, caballeros andantes del cristianismo los cuatro, que pelearon a lo divino. Y exclamó el hidalgo manchego:

«Ellos conquistaron el cielo a fuerza de brazos, porque el cielo padece fuerza, y yo hasta ahora no sé lo que conquisto a fuerza de mis trabajos; pero si mi Duicinea del Toboso saliese de los que padece, mejorándose mi ventura y adobándoseme el juicio, podría ser que encaminase mis pasos por mejor camino del que llevo.»

Aquí la temporal locura del caballero D. Quijote se desvanece en la eterna bondad del hidalgo Alonso el Bueno y no hay acaso en toda la tristísima epopeya pasaje de más honda tristeza. El caballero empeñado en la hazañosa empresa de enderezar los tuertos del mundo y corregirlo, confiesa no saber lo que conquista a fuerza de sus trabajos y vuelve su mirada a la salvación de su alma y a la conquista del cielo que padece fuerza.

¿De qué te serviría salvar a todos tus prójimos perdieras tu alma? De ti, no de los otros, has de tener que dar cuenta.

Esas palabras de descorazonamiento del ingenio hidalgo, ese descenso suyo a la cordura de Alonso Bueno, es lo que más pone en claro su íntima afinidad espiritual con los místicos de su propia tierra con aquellas almas llenas de la sed de los secos para meros castellanos y del vibrante calor del limpio cielo que los corona. Son a la vez la queja del alma al encontrarse sola.

¿Por qué afanarse? ¿Para qué todo?... El mundo lo llevamos dentro de nosotros, es nuestra representación; purifiquémonos y lo purificaremos. La mirada limpia, limpia cuanto mira, los oídos castos, castigan cuanto oyen. La mala intención de un acto, está en quien lo comete ó en quien lo juzga? La horrible maldad de un Caín ó un Judas, ¿no será acaso condensación y símbolo de la maldad de los que han nutrido sus leyendas? Tal vez el Demonio carga con las